

La ambigüedad moral del pillaje

Donald G. McNeil Jr. / Heral Tribune / La Nación 14 marzo 2010

Es difícil mencionar alguna perturbación del orden social, natural o hecha por el hombre, que no haya desatado en alguna parte pillajes. Pero también es difícil predecir cuándo surgirá el saqueo y cuándo no.



Foto: AFP

La ley, en su majestuosa igualdad”, escribió el novelista del siglo 19 Anatole France, “prohíbe tanto a los ricos como a los pobres dormir bajo los puentes, mendigar en las calles y robar pan”.

Si los cuerpos aplastados fueron las imágenes perdurables del terremoto de Haití, las más memorables del terremoto de Chile han sido las de saqueos. Debido a códigos de construcción más estrictos, sobrevivió mucho más gente en este país de clase media que en el empobrecido Haití.

Sin embargo, también se dio allí un patrón que es ahora un cliché del periodismo de desastre: informes iniciales de personas que saqueaban supermercados por alimentos y pañales fueron rápidamente seguidos por fotos de personas llevándose televisores y lavadoras en una ciudad sin electricidad. Se irrumpió en tiendas que habían quedado intactas. Una multitienda de Concepción fue incendiada. En unos pocos lugares, bandas ambulantes le robaban a todo el que pudieran. Los residentes, que formaron grupos de autodefensa, fueron citados diciendo que el “terremoto humano” era peor que el geológico.

Difícil predecir

Lo anterior plantea varias preguntas: ¿cuándo tiene derecho la gente desesperada a ayudarse a sí misma? ¿Y con qué? ¿En qué punto caótico entre los pañales y la lavadora puede la policía gritar “Deje ese (inserte aquí un ítem moralmente ambiguo) o dispararé”?

A mediados de la semana, con miles de tropas desplegadas, las fotos empezaron a variar: jóvenes en el suelo con fusiles apoyados detrás de sus orejas. En general se asemejaba mucho a Haití. O a Nueva Orleans después del huracán Katrina. O a Dayton, Ohio, tras la inundación de 1913. O a Roma en 410. Es difícil mencionar alguna perturbación del orden social, natural o hecha por el hombre, que no haya desatado en alguna parte pillajes. ¿Nieve espesa? Los de Chicago saquearon en una nevazón récord en 1967. Los residentes de Montreal saquearon durante una huelga policial en 1969. En 1911, los sicilianos desafiaron a la lava que fluía del monte Etna para saquear hogares abandonados. Y no olvidemos el saqueo del Museo Nacional de Bagdad tras la invasión del 2003.

Pero también es difícil predecir cuándo surgirá el saqueo y cuándo no. El apagón de 1965 en Nueva York fue famoso por la bonhomía urbana que produjo, así como por el baby boom de nueve meses más tarde. Pero julio de 1977 fue diferente: cuando se apagaron entonces las luces, si uno vivía en el Greenwich Village se sentía como si estuviera de vuelta la gran fiesta de la cuadra, pero en los vecindarios pobres negros e hispánicos cientos de tiendas fueron saqueadas y 25 incendios seguían ardiendo a la mañana siguiente. Aunque los saqueos comienzan espontáneamente, lo rápido que terminen parece depender de lo rápida y severa que sea la respuesta que encuentren. Ése, para ser breves, es el argumento para usar la fuerza de manera decisiva.

Las peores asonadas en la historia de Nueva York no fueron iniciadas por un desastre natural sino por el reclutamiento de efectivos militares. En 1833, trabajadores pobres, la mayoría de ellos irlandeses, se rebelaron en contra de la conscripción para la guerra civil; la “unidad de Combate 60”, formada totalmente por irlandeses, había sido virtualmente aniquilada en la batalla de Gettysburg.

Las turbas lincharon negros e incendiaron un orfanato negro, atacaron las mansiones de republicanos antiesclavistas y quemaron la casa del alcalde. La mayor parte de la milicia estadual estaba todavía en Pennsylvania, por lo que pasaron días antes de que tropas federales intervinieran por la fuerza, usando artillería para dispersar a las turbas. En cambio, en 1906, en San Francisco, el terremoto golpeó a las 5:13 AM. En el presidio, tomando decisiones en un vacío porque las líneas telegráficas y telefónicas no funcionaban, el brigadier general Frederick Funston ordenó a las tropas dirigirse al Salón de la Justicia y reportarse ante el alcalde Eugene E. Schmitz. El primer destacamento llegó a las 7 AM y hacia las 3 PM el alcalde

Schmitz había oficialmente autorizado a las tropas a “matar a cualquiera y a todas las personas dedicadas al pillaje o cometiendo cualquier otro crimen”. Dijo a los periodistas: “Demos por hecho que tres hombres ya han sido muertos sin piedad”. Los historiadores discrepan en cuántos fueron realmente muertos. Algunos testigos afirmaron que unas cuantas personas atrapadas en los techos de edificios en llamas o bajo escombros humeantes fueron también muertas a tiros (sin su permiso) para evitarles el sufrimiento. En todo caso, el pillaje fue relativamente menor, la caballería condujo a las muchedumbres lejos de los grandes incendios y los militares fueron elogiados por las ciudades de carpas que rápidamente levantaron en los parques de la ciudad.

Atolladero moral

Legalmente, como observaba Anatole France, los hambrientos no podrían sustraer ni siquiera pan. Pero académicos que estudian el pillaje lo clasifican en tres peldaños distintos de una

escala moral. Robar comida por hambre es algo aceptado por la mayoría. Robar televisores se ubica en un área gris. Sí, un hombre hambriento podría vender un televisor para comer, pero nunca está claro si sus motivos son tan puros. Y el tercer nivel (saqueos o disturbios que sean realmente una guerra étnica o de clases o la “guerra de todos contra todos” de Hobbes) es universalmente condenado, aunque muchos dicen que los pobres de todos los países tienen el derecho a irritarse y debieran ser perdonados por demostrarlo durante una crisis.

Tricia Wachtendorf, directora asociada del centro de investigaciones en desastres de la Universidad de Delaware, objetó siquiera usar las palabras “pillaje” o “crimen” para describir la toma de bienes esenciales, indicando que nadie objetó que los bomberos sacaran agua de las tiendas cercanas al punto cero para limpiarse de sus ojos el humo del World Trade Center. La ética depende de los hechos de cada caso, dijo James M. Glass, profesor de política de la Universidad de Maryland.

“Se puede argumentar que está bien que hombres hambrientos roben en las tiendas, pero que hombres hambrientos ataquen a una mujer que lleva una bolsa de alimentos para sus hijos es un atolladero moral. No es una situación de la que todos salgan bien”, señaló.

La decisión de Bachelet

Dado ese contexto, una decisión tomada por la entonces Presidenta de Chile Michelle Bachelet fue altamente inusual en la historia de los desastres. Optó por un peldaño de la escala moral y pisó en él: junto con condenar los saqueos, imponer toques de queda y enviar 14.000 efectivos militares, les pidió también a los tenderos de la nación que regalaran alimentos y artículos de primera necesidad. Y algunas autoridades permitieron que la policía mirara para otro lado mientras saqueadores tomaban sólo productos básicos. No está claro qué factor fue más importante, pero en pocos días los saqueos habían terminado. Algunos comerciantes desafiantes no sólo siguieron vendiendo sino que triplicaron los precios, según dijeron informes locales. Pero en las áreas pobres de Concepción, los soldados entregaban bolsas con alimentos y en las ciudades costeras duramente golpeadas, los marinos las distribuían desde lanchas de desembarco.

La decisión de la ex Presidenta Bachelet, dijo Sergio Serulnikov, profesor de historia de la Universidad San Andrés de Buenos Aires, recordaba un aspecto inusual de los disturbios por alimentos de Argentina en 1989, que duraron un mes. No los desencadenó ningún desastre; en cambio, la hiperinflación había dejado a los pobres al borde de la hambruna. Primero, grupos de mujeres de las poblaciones marginales entraron en masa a las tiendas, llenaron canastos y se fueron sin pagar, pero también sin tocar las máquinas registradoras ni romper nada. Después, esa disciplina desapareció y turbas se abrieron paso con violencia a los supermercados cerrados. Dijo el profesor Serulnikov que, con el gobierno impotente y la policía vacilante, los dueños de tiendas comenzaron a negociar, ofreciendo regalarlo todo si sus tiendas no eran dañadas. Esos disturbios terminaron, dijo, cuando no quedaba nada más que llevarse; un sino que Chile no sufrió.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).
Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)
Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)